



www.loqueleo.com/es

© 2011, Rodrigo Muñoz Avia

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-071-8

Depósito legal: M-37.952-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: septiembre de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

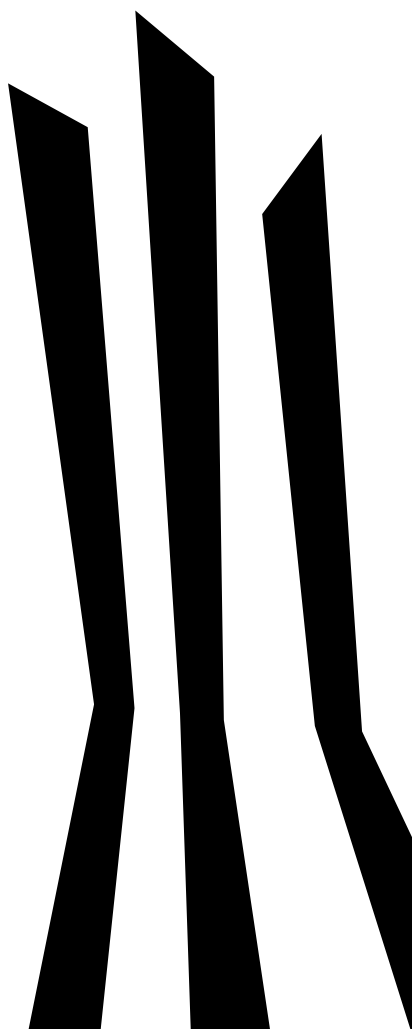
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA JAULA DE LOS GORILAS

Rodrigo Muñoz Avia

loqueleg



La mayor injusticia consiste en parecer justo sin serlo.

PLATÓN, *La República*

Así como está inserto en la lengua, la boca y el estómago de las abejas que deben producir la miel, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestra médula, en los lóbulos de nuestra cabeza, en todo el sistema nervioso de nuestro cuerpo, está escrito que hemos sido creados para transformar lo que absorbemos de las cosas de la tierra en una energía particular y en una cualidad única en el globo. Ningún ser, que yo sepa, ha sido combinado para producir como nosotros ese fluido extraño que llamamos pensamiento, inteligencia, entendimiento, razón, alma, espíritu, potencia verbal, virtud, bondad, justicia, saber: porque posee mil nombres, aunque no tenga sino una esencia.

MAURICE MAETERLINCK, *La vida de las abejas*

Dice Javier que los insectos y todos los bichos pequeñitos sufren y sienten dolores como los puede sentir por ejemplo una vaca, y que por eso no hay que matarlos. Estas cosas basta que te las digan dos veces para que te acabe entrando la paranoia. Según le ha dicho su profesora de Conocimiento del Medio, los insectos generan hormonas y tienen órganos muy parecidos a los nuestros, aunque más simples, y está demostrado que sufren. Que sufran tanto como una vaca no lo sé, me parece exagerado, pero el caso es que algo sufren y por eso yo ya no soy capaz de darle un pisotón a una simple hormiga o de aplastar un mosquito con un periódico. Pienso en el sufrimiento del bicho, en su espantoso dolor, y en el pánico que sentirá al ver cómo levanto mi pie. Por lo visto hasta las plantas generan la hormona del estrés si sienten que se les va a hacer daño. Yo ahora lo que hago cuando veo un bichito en mi habitación es perseguirlo con un folio y ponerlo encima. Es patético, ya lo sé, pero yo no tengo la culpa, ha sido el anormal de mi hermano, que me lo ha contagiado. Tiro el bicho a la jardinera que está justo delante de mi

ventana y me siento feliz por el pobre animal. Aunque cuando me toca desviar todo un camino de hormigas que han llegado desde el jardín a comerse las miguitas de pan junto al tostador de la cocina, la cosa ya no me hace tanta gracia. Lo que pasa es que si las veo, no puedo evitarlo. Quiero salvarlas.

10 Es curioso, pero en las entrevistas de la radio mi padre suele decir que lo que más le gusta de su trabajo es el contacto con la gente. Gente normal, gente de la calle. Dice que, aunque cueste creerlo, su trabajo le da la oportunidad de conocer a una cantidad de personas increíble. Que le gusta ver a la gente cara a cara, hablar con ella y ayudarla. Que la gente es maravillosa. Que si no le gustara ayudar a todas y cada una de esas personas que diariamente ha de ver en lugares y momentos muy variados, nunca habría escogido ese trabajo.

La gente se piensa que si tu padre es político se le nota todo el tiempo. Mis amigos creen que mi padre también es político cuando se pone el pijama, se lava los dientes o se tira en el sofá a ver un partido de fútbol. Ser político les parece una cosa tan rara que piensan que uno no puede dejar de serlo en ningún momento. Están convencidos de que mi padre dice las mismas cosas en casa que en las entrevistas de la radio o de la tele. Pero eso no es así.

Para mí, mi padre es mi padre, eso es evidente, y lo de que sea político o no tampoco cambia tanto las cosas, la verdad. Lo que quiero decir es que cuando mi padre

desayuna los sábados por la mañana y me da la charla por haber llegado tarde la noche anterior, yo lo último que pienso es si mi padre es político o fontanero. En realidad lo único que pienso entonces es que mi padre siempre aprovecha el momento de ponerse la mermelada en la tostada para sacar ese tema de conversación, no sé muy bien por qué. Y también pienso que la nueva moda de levantarnos a todos a la misma hora para desayunar juntos los sábados y empezar el fin de semana con buen pie es bastante insoportable.

11

El otro día, mientras tomábamos unos minis en el parque, antes de ir a buscar a las chicas y echarnos unas risas con ellas, me dijo el Abrebotellas que mi padre le parecía un tipo muy enrollado. A mí me pareció algo muy preocupante, porque el Abrebotellas es medio retrasado y lo único meritorio que ha hecho en su vida es abrir bottellines de cerveza con los dientes, y así los tiene. Él dice que no se los ha torcido con las chapas sino que los tiene torcidos de nacimiento, lo cual es bastante más grave y explica muy bien por qué su madre decidió no tener más hijos.

Así que el hecho de que mi padre le pareciera un tipo enrollado al Abrebotellas no fue una buena noticia, porque es difícil explicar la clase de gente que al Abrebotellas puede merecerle esa opinión. Es verdad que hay precedentes en esta línea, como su abuelo, que debe de ser un tipo legal, y también el abuelo de Heidi («ya no hay gente como él», me dijo un día), pero también el infeliz

de Matemáticas, que por algún motivo le hace tilín y le aprueba siempre a fin de curso, la histérica de su vecina (por ese increíble récord de haber sido la primera en entrar a las rebajas del centro comercial por tercer año consecutivo) y el mismísimo Berlusconi, que, según él, tiene su punto en las cosas que dice.

Me quedé mirándole sin salir de mi asombro y con el mini de sangría en la mano.

12 —Joder, G., que lo digo de coña —me dijo entonces—, solo quería hacerte la pelota para ver si me pasas el mini de una vez. —Y empezó a partirse de risa, para variar. No hay nada que le guste más al Abrebotellas que enseñar sus dientes para afuera a todo bicho viviente, pero es curioso que siempre que se ríe se lleva la mano a la boca para tapársela. Es un acto reflejo que no puede evitar.

—Qué subnormal eres —le dije, y después de dar otro trago le pasé el mini.

Que el Abrebotellas hablara bien de mi padre era preocupante, es cierto, pero reconozco que algo de ilusión sí me hacía. Llega un momento en que me hartó un poco de oír siempre las mismas cosas sobre los políticos y sobre mi padre y que alguien diga algo bueno la verdad es que se agradece. Yo soy el primero que pongo a parir a mi padre por su forma de hablar en público y por muchas de sus decisiones y porque haya conseguido parecerse cada vez más al resto de los políticos. Pero una cosa es que lo diga yo e incluso que se lo diga a él, y otra cosa muy distinta es que lo digan los demás.

Afortunadamente la política y mi viejo no son los únicos temas de conversación con mis colegas. Así que cuando el Abrebotellas se acabó el litro dejamos el tema y nos fuimos a buscar a las chicas. Cruzamos la autopista por la pasarela de peatones para ir al bar del hermano de Susana, donde estaban ellas. Entonces al Abrebotellas no se le ocurrió nada mejor que tirar una de sus chapas de cerveza hacia la autopista, por encima de los coches. Me cabréé con él por demente y luego estuvo toda la tarde riéndose de la frase tan ingeniosa que se le ocurrió decir:

—Deja de darme la chapa, chaval.

13

La vecina de la casa de al lado es belga y se llama Pauline y es la tía más guapa y misteriosa que he visto en mi vida. Al principio no me gustaba mucho, pero ahora cuanto más la miro más me gusta. Tiene el pelo liso y negro, peinado con raya en medio, con un rollo un poco gótico, pero tiene algo tan dulce y triste en la cara que me encanta. Me pone nervioso. Puedo estarme toda la tarde esperando a que llegue de su clase de baile para verla subir la escalinata exterior de su casa desde mi ventana. A su madre suele hacerle un aspaviento de desprecio como saludo. A mí, cuando me la cruzo en la calle, jamás me saluda ni me dirige la mirada.

Es la historia de un tío de mi edad que una mañana se levanta y descubre algo raro. Internet y el móvil no funcionan, la radio no emite nada y todos los miembros de su familia han desaparecido sin dejar rastro. Así son las

primeras páginas del cómic que estoy haciendo. El tipo sale a la calle y todo es todavía más extraño. Están las cosas, los árboles, todo, pero no hay nadie, absolutamente nadie. El tipo tarda poco en descubrir que está solo en la ciudad y probablemente solo en el planeta. No entiende nada. La luz deja pronto de funcionar y el agua de salir del grifo y la historia se convierte entonces en un rollo de supervivencia en una urbanización y una ciudad desiertas. Cuando el tío está más colgado y ya bastante enloquecido, visita la casa de algunos de sus compañeros de colegio, y en la casa de la tía que más le gusta, cotilleando en todas sus cosas, resulta que aparece ella, que también se pensaba que estaba sola en el mundo y llevaba varios días escondida en el sótano de su casa.

Bueno, esto todavía no lo he dibujado, pero me lo imagino bastante bien. Luego ya no sé muy bien qué es lo que haré.

Los lunes mi madre tiene una tertulia con amigos. Se reúnen en el salón y hablan de literatura o de pintura o a veces también de política. Mi padre dice que mi madre hace muy bien en organizarse su propia agenda. Dice que es muy bueno para ella, como también lo ha sido empezar a trabajar por las mañanas. Los lunes que mi madre tiene tertulia, mi padre aprovecha para quedarse más tiempo en la Consejería. Normalmente llega a casa cuando la tertulia ya ha terminado.

Me llega lejanamente el sonido de las voces en el piso de abajo mientras estudio el examen de Historia que

tengo el miércoles. Mi profesor de Historia es más raro que un perro verde pero me gusta cómo da la clase. Siempre dice que la historia no es una historieta. Que cada una de las cosas que han pasado en la historia tiene un porqué. Y que más que la sucesión de acontecimientos le interesa que entendamos por qué han ocurrido esos acontecimientos. Dice que si somos capaces de comprender eso seremos capaces de comprender qué cosas pueden suceder en el futuro.

A la hora de cenar bajo a la cocina. Javier está cenando con Luisa, la chica dominicana que viene a casa las noches que mi madre tiene tertulia o cuando mis padres salen por ahí. Pongo mi cena en una bandeja y me subo a la habitación con ella. Lo de cenar solo en mi habitación es bastante raro, pero me gusta. Abro el trozo de pan y meto los filetes rusos dentro. Me como el bocata de pie, mirando por la ventana. Una polilla revolotea al otro lado del cristal y no deja de chocar con él. Apago la luz para que se vaya, aunque me cuesta creer que la polilla sienta mucho dolor cada vez que se choca contra el cristal. Comer a oscuras, coger el vaso de agua a oscuras, mirar por la ventana a oscuras tiene algo prohibido que me gusta. Pienso que a Pauline, la vecina belga de la casa de al lado, debe de pasarle algo parecido.

En el foro de Internet de mi clase hay alguien que se dedica a meterse conmigo y con mi padre. Firma como «Eva», pero yo estoy convencido de que es un tío, aunque no tengo ni idea de quién puede ser en concreto. El foro este lo crearon Carolina y Silvia, dos chicas de clase que

decían que el Tuenti era muy limitado para mantener conversaciones entre todos. Lo malo de su foro es que tampoco hay manera de detectar a los intrusos, aunque habitualmente lo usamos siempre los mismos.

Tampoco me preocupa demasiado que la tal «Eva» se meta conmigo y con mi padre, la verdad. Sea quien sea, no tiene ningún respaldo y ni siquiera se atreve a dar la cara con su nombre de verdad. Aparece de tarde en tarde, pone un par de estupideces y se calla. Yo nunca le he respondido desde mi identidad, porque estoy convencido de que eso es lo que quiere. Me parece mucho mejor ignorarlo, no hacer ni caso a sus comentarios, como si no pasara nada. Eso sí, a veces le respondo con nombres falsos. Hoy por ejemplo le he puesto: «Eva, te espero en la puerta de tu casa a las once, si miras por tu ventana me verás con el bate de béisbol, imbécil». He firmado como «Pocoyó».

Javier sale del cuarto de baño y se mete en su habitación. Voy un rato con él. Me habla de su último partido de fútbol con el equipo del colegio. Javier tiene diez años.

—Enano, no me des más detalles porque odio el fútbol, ya lo sabes.

—Gerardo, hoy he visto a Luque morreándose con Virginia —me dice. Le encanta decirme estas cosas para ver cómo reacciono yo.

—Me parece muy bien, yo también los he visto, están saliendo.

—¿Ya no van con vosotros?

—Sí, a veces sí, y a veces no.

—¿A ti te gusta Virginia o no?

—No, enano, no me gusta Virginia, ¿y a ti?

—Psa. Pero ¿tú te has morreado alguna vez con alguien?

—¿Otra vez con esto? ¡Qué obsesión!

Javier se ríe, un poco cortado, pero su perseverancia no tiene límites.

—Si te hubieras morreado con alguien, me lo habrías contado.

—Eso es lo que tú crees —le digo, y cambio ya de una vez de tema—. Una cosa, enano, si tú una mañana te levantas y no encontraras a nadie y descubrieras que estabas completamente solo en la Tierra, ¿qué creerías que habría pasado?, ¿dónde pensarías que se habría metido todo el mundo?

—Habrían entrado en una dimensión Beta, un universo paralelo en el que todo el mundo estaría buscándome como loco. Yo lo que haría sería dedicarme a buscar la manera de acceder a ese universo paralelo.

Me lo temía. Lo de Javier, con su cultura de videojuego cien veces superior a la mía, es exagerado, pero creo que cualquiera que leyera mi cómic pensaría en un rollo de ciencia ficción de ese estilo, y a mí eso no me interesa. A mí en realidad no me importa dónde se ha metido todo el mundo, lo que me importa es la historia de ese chico y esa chica que se encuentran y solo se tienen a sí mismos en medio de un planeta gigantesco.

Vuelvo a mi habitación. Los amigos de mi madre hablan de un escritor que toda la vida ha sido de izquierdas y en las últimas elecciones ha apoyado a la derecha.

A unos les parece fatal, una pura manera de hacerse notar, y a otros les parece que el escritor está en su derecho a cambiar de opinión o a considerar que el partido que más cerca está de sus ideales ha pasado a ser otro.

Oigo que mi madre sube las escaleras. Entra a darle las buenas noches a Javier y luego viene a mi habitación, con su tranquilidad de siempre. Me da un beso y me dice que deje ya el cómic y me acueste, que tengo que descansar por las noches. Huele a tabaco, aunque ella no fuma.

18 Antes de irse, me dice:

—Ya sabes que si un día te apetece bajar a la tertulia, aunque solo sea a escuchar, nosotros encantados.

—Vale, mamá, gracias. —Aunque realmente no es una posibilidad que me apetezca demasiado. Creo que me sentiría como un bicho extraño observado por todos.

Mi madre se baja. Al llegar a la mitad de la escalera se cuelga por un extraño agujero de la pared y se mete en la dimensión Beta. Luego sus amigos de la tertulia van a buscarla y acaban todos en el mismo lugar.

Leo en la cama la novela *Territorio comanche*, de Arturo Pérez-Reverte, que me regaló mi padrino. Es la historia de dos corresponsales en la guerra de Bosnia. Me gusta bastante. Todo lo que rodea a las guerras es asqueroso, también los periodistas que van a cubrirlas o los políticos que van a hacerse la foto con chaleco antibalas. Leo una frase que me impresiona: «La bala que te mata es la que no oyes pasar... La bala que te mata es la que se queda contigo sin decir aquí estoy». No puedo dejar de

darle vueltas, ni cuando apago la luz. Esa bala que llega a tu cuerpo mucho antes que su propio sonido. Es lo que se llama llegar sin avisar.

Mi padre sí ha hecho ruido al llegar a casa. Oigo su coche en el garaje. En los últimos tres años, desde que le hicieron consejero de Medio Ambiente, hemos visto mucho menos a mi padre. Supongo que a mí no me importa gran cosa, aunque reconozco que lo de darle la tabarra y llevarle la contraria en temas de política o de lo que sea me gusta bastante. Pero a quien sí que le importa es a mi madre. Dice que con ese horario y ese ritmo de trabajo mi padre ayuda mucho a todo el mundo, como a él le gusta, pero poco a sus hijos. Está claro que, cuando dice eso, mi madre piensa sobre todo en Javier, mi hermano, porque yo he tenido más años, así lo dice ella, para disfrutar de mi padre. Y tiene razón. Sea como sea, mi padre trata de resarcirse durante los fines de semana. Se preocupa por nosotros, nos interroga, la mitad del tiempo intenta adoctrinarnos y la otra mitad agradarnos. Pero con ninguna de las dos cosas resulta natural.

Últimamente mi padre y yo pasamos la mayor parte del tiempo que estamos juntos discutiendo. Por lo que sea, por cualquier cosa. Mi madre no entiende que nos ocurra esto. Dice que discutir es nuestro deporte favorito, pero que le gustaba más cuando yo mostraba la admiración a mi padre de otra manera. Ahora a mi padre le gusta llamarme «jefe de la oposición».

Es evidente que desde el punto de vista de mi padre siempre ha existido algo especial que nos une a los dos, a

él y a mí. No es que lo diga así, pero casi. Lo deja entrever con bastante descaro. El hecho de ser el mayor y de sacarle seis años a Javier hace que mi padre me trate de manera distinta. A veces bromea con mi madre y habla del «cauce entre primogénitos» que nos conecta, del que mi madre, que es la pequeña en su familia, queda excluida. Está convencido de que, por debajo de cualquier circunstancia que nos aleje o nos haga discutir, existirá siempre un entendimiento especial entre nosotros, la certeza de que nunca nos fallaremos. No lo sé. Puede que en esto tenga razón. Pero creo que estas cosas es mejor no decir las ni hacerlas ver. Ni siquiera pensarlas. Se estropean. Es como si dejaran de ser ciertas, o como si uno quisiera que dejaran de ser ciertas.

Oigo que mi padre está hablando con mi madre en el salón. Hace rato que se marcharon los amigos de mi madre.

Entro al cole y todo el mundo me habla de la cara de sueño que traigo. Es así, siempre me ha ocurrido, desde que era pequeño. Las mejillas y los ojos se me hinchan por la mañana y llevo una cara de sueño espantosa durante mucho tiempo, aunque haya dormido fenomenal y ya no tenga realmente nada de sueño.

Sandra me señala desde la puerta de su clase, se ríe y me dice:

—Qué cara de sueño tienes, tío.

Está ella sola. De todas las chicas que vienen con nosotros o que van al bar del hermano de Susana, Sandra es

con diferencia la que más me gusta. Estuve bastante colgado por ella el año pasado. Creo que es una tía muy legal y muy lista, pero una vez nos tocó darnos un pico jugando a la botella y ella estuvo como fría, yo qué sé, creo que no le apetecía ni lo más mínimo. Luego tuve la sensación de que me rehuía, aunque a lo mejor era paranoia mía. La verdad es que no soy muy bueno para estas cosas y nunca llego a saber lo que piensan las chicas de mí. Ahora me he relajado bastante con ella, pero basta que un día esté un poco simpática conmigo para que de nuevo me quede colgado y no pueda quitármela de la cabeza.

21

—Ya —le digo—, pero no tengo sueño. Me pasa siempre.

—Pues parece que acabas de salir de la cama.

Pienso en hacer algún chiste pero no se me ocurre, joder, algo de la cama, de «ya te gustaría a ti verme salir de la cama» o algo así, aunque no doy con ello.

Es lamentable, pero trago saliva, empiezo a andar y digo:

—Me voy a mi clase. —Eso es lo más ingenioso que se me ha ocurrido.

Y luego durante la mañana intento por todos los medios pensar en otras chicas y olvidarme de Sandra. Entre el resto de las tías del colegio la que más me gusta es una mayor que yo, de segundo de bachillerato. No he hablado con ella en mi vida, pero siempre me sonrío cuando me ve, porque una vez la ayudé a recoger los cigarrillos que se le cayeron de una cajita metálica en la puerta de los baños. A lo mejor un día le entro y le regalo un mechero o

algo así, o me hago el sueco y le pregunto cuál es el baño de fumadores.

22

Cuando el partido de mi padre ganó las elecciones yo tenía trece años y me dio un subidón que no es normal. Más que una victoria electoral de mi padre y su partido parecía una victoria electoral mía. Parecía que era yo el que me había presentado a las elecciones y el que iba a tener cuatro años por delante para hacer las cosas bien desde el Gobierno de la Comunidad y para demostrarle a la gente que no se había equivocado al votarme. Así que me sentí orgullósísimo de mi padre. Estaba convencido de que iba a ser el mejor gobernante del mundo.

Ahora no veo las cosas exactamente de la misma manera. Tampoco mi padre tiene ya la misma ilusión que cuando empezó. No lo reconoce, pero está claro que le frustra encontrar tantas barreras para hacer la política que había imaginado. Creo que en nuestra casa fuimos todos tan ingenuos de creer que era posible arreglar las cosas en dos días. Pero luego eso no ha resultado tan fácil, claro. Lo que me fastidia es que mi viejo siga negándose a reconocerlo. «No hay labor más noble que la política». Me pongo enfermo cuando le oigo decir esas cosas. Estoy seguro de que ya no se las cree y de que todo sería mucho mejor si no las dijera.

Mi padre se enciende tras el postre uno de esos puritos alargados que solo fuma por las noches. Hoy ha llegado pronto a casa, aunque sea martes. Hemos oído la puerta del garaje y el coche cuando estábamos empezando a

cenar, y Javier ha bajado al garaje a una velocidad tal que si hubiera récord del mundo de descenso de escaleras seguro que lo habría batido. La cena ha resultado bastante agradable, porque mi padre estaba especialmente relajado y ha sido capaz de olvidarse de nosotros y de tratarlos como personas normales que estamos sentadas a la misma mesa que él.

Es verdad que nos ha preguntado qué tal en el colegio y alguna cosa más de ese estilo, pero luego ha contado cosas de su trabajo, de la política del agua, y ha sabido desconectar del rollo paternalista.

Echa el humo hacia el techo y le digo:

—Tu *Medio Ambiente* lo cuidas muy bien, pero el otro *medio* hay que ver cómo lo dejas. —Aunque la verdad es que a mí el humo no me molesta para nada.

Mi padre sonrío, sin dejar de fumar. Desde que entró en el Gobierno autonómico, su barba, que cada vez es más blanca, es también cada vez más corta. Algunos días, cuando se la recorta, apenas se ve. A mí me gustaba más la barba poblada que tenía antes.

—A continuación tiene la palabra el jefe de la oposición.

—Vale, papá.

—No, venga, ataca, que lo estoy esperando. Hoy estás muy callado. ¿No vas a hablarme de los incendios, de las carreteras, del cambio climático? ¿Qué pasa con lo del agua? ¿Qué te parece lo que os he contado? ¿Estás de acuerdo con el programa de concienciación para el ahorro?

—Pues no.

—Bien.

—Vale, si te pones en plan irónico me callo y punto.

—Está bien —dice mi padre, y Javier se ríe y eso me aumenta las ganas de hablar.

—El otro día discutimos esto en clase de Filosofía. Mi opinión es que resulta ridículo gastarse el dinero en campañas de concienciación. Lo único que conciencia a la gente es cortarles el agua.

—No se puede cortar el agua alegremente, G.

24

—Vale, pues que la gente llene las piscinas y riegue el jardín todo el rato, barra libre. —No me gusta mucho que mi padre me llame G., tal como hacen mis amigos, pero que lo haga en este tipo de conversaciones me pone de los nervios.

—No es eso. Lo importante es usar bien el agua. Regar o llenar la piscina está prohibido y quien lo haga puede ser multado.

—Cierra el grifo, papá, haz cortes de agua desde ya, vas a ver qué rápido aprende la gente.

—Pero, hijo, mira que eres cabezota. No se puede quitar el agua como medida de prevención. Se quitará cuando se agote, pero antes no, no tiene sentido. Es como si hay escasez de antibióticos y decides dejar de darlos a los enfermos para evitar que se gasten.

—¡No es lo mismo! —digo, llevándome las manos a la cabeza—, ¡qué demagogo eres!

—El agua es una necesidad básica. Explícale tú al ciudadano que le cortas el grifo ahora para evitar tener que cortárselo en verano, ¿no te das cuenta?

—No, se lo cortas para concienciarle, exclusivamente, y solo durante unas horas al día.

—Vale. Imagínate, imagínate que mañana mismo hubiera cortes de agua, ¿sabes lo que pasaría?

—Sí, que ahorraríamos agua, que el agua que tenemos duraría más y sobre todo, que la gente se daría cuenta de que no puede derrocharla como la derrocha ahora.

—De acuerdo, aceptemos que puede ser así. Pero mucho antes que todo eso, ocurriría otra cosa bien distinta: que todo el mundo se me echaría encima, que se organizaría una terrible campaña en mi contra por cortar el agua en Semana Santa, que me reprocharían, a mí, como principal responsable de la gestión del agua de la Comunidad, no haber sido capaz de prever esta situación y de crear medidas para evitarla. Y tendrían razón. Porque lo normal es haber agotado primero cualquier otra posibilidad antes de llegar a una medida tan drástica.

—O sea que lo importante no es el agua, sino lo que piense la gente de tu gestión.

—Si eso es lo que tú crees, es evidente que no estamos de acuerdo.

—Pues no.

Nos quedamos un momento en silencio. Mi padre apaga el purito en el cenicero.

—Ay, si todo el mundo tuviera tus dieciséis años...
—dice.

—El mundo sería mejor.

—Puede que sí. Lo malo es que cuando tienes cuarenta y cinco ves las cosas de otra manera.